El País, 16 de Mayo de 1986.

El enigma Camarón

A. A. C.

El fenómeno Camarón, con ser el gran *cantaor* que es, pasará a la historia del cante más, quizá, como un hecho social de muy singulares características.

Nunca en el arte flamenco se han visto manifestaciones multitudinarias con las connotaciones que se registran con Camarón. Ni siquiera se daban *explosiones* así con aquel Pepe Marchena que era también un formidable agitador —sin ningún sentido peyorativo— de masas.

Camarón no es un artista para el aficionado al flamenco. No solamente, por lo menos, aunque es verdad que el aficionado lo estima en la medida a que se ha hecho acreedor por su excelente y personalísima manera de interpretar el cante. Pero es mucho más que eso. Muchos de los miles de personas que abarrotaron el Palacio de los Deportes iban a ver a Camarón y nada más, y no volverá a un espectáculo flamenco hasta que vuelva a incluir al de la Isla.

Por qué extraños mecanismos ésto ha llegado a ser así, es difícil establecerlo. Porque precisamente Camarón es un hombre humilde, más bien introvertido, y que en ningún caso ha pretendido convertir su arte en bandería de nada. Otros que sí se propusieron hacerlo fracasaron rotundamente. Camarón, de pronto, se encuentra convertido en ídolo multitudinario de un arte que por propia naturaleza suele ser patrimonio de unos pocos, de determinadas minorías, y que seguramente el día que deje de ser ésto habrá perdido en gran medida sus señas de identidad.

Es, quizá, lo que está ocurriendo con el cante de Camarón. Al desbordar todos los límites *normales* de lo *jondo*, ¿se está convirtiendo ya en *otra cosa?* No sería deseable, pues ciertamente su cante mantiene la fidelidad a las raíces y conserva esas esencias de autenticidad y pureza irrenunciable en lo flamenco. Y sin embargo es un arte que llega a multitudes cerradas a cal y canto para cualquier otro *cantaor*. ¿Hay que pensar en un *enigma* Camarón cuya razón de ser última se nos escapa?.